

Gatos

Maritza M. Buendía

Escritora y profesora universitaria, ganadora del Premio Bellas Artes de Narrativa Colima 2024 por su obra Cielo cruel

Me siento gato por las cuatro orillas. Busco por los rincones de la casa, busco por las esquinas de las calles para encontrar tu rastro. No lo logro. Tu olor se pierde en el olor de los demás. Mi cuerpo de gato se estira de un extremo a otro, y no alcanza a estirarse por completo porque siempre, en el último instante, faltas tú: cuerpo de gato extraviado, olor de gato extraviado. Mi piel se eriza ante tu ausencia y se engaña: imagina que tus manos la tocan. Y es tan fuerte el recuerdo, que percibo tus dedos, subiendo y bajando. Tus ojos se cierran hasta confundirse en una línea delgada. Tu peso se moldea en mi cuerpo. Mis piernas abiertas tienen frío. De tanto imaginarlo la cabeza me duele y estalla en espasmódicas migrañas que me obligan a golpearme contra la pared. Deambulo, me golpeo y dejo mi sangre de gato manchando los diferentes cuartos de la casa: en la recámara, en la sala, en el comedor, en el baño, en la cocina. Entonces me rastreas y me encuentras en la cama, esperándote. Tus manos vuelven otra vez y meten por mi boca abierta toda la noche que me cabe. A veces creo que me ahogo, que voy a vomitar, que me es imposible tragar tanto y tanto. Pero nunca te lo digo, nunca te lo diré. Siempre mi boca abierta para tragar más noche, siempre mis piernas abiertas, sujetas a los barrotes de la cama. Tus manos, siempre tus manos, desgarrando mi vientre, olfateándome, remodelando mis senos, volteándome, con un giro violento, al derecho, al revés. Salto de la cama y, con las uñas, me sujeto a la pared. Tú, con tus uñas, destrozas mi espalda, la llenas de surcos rojos. Yo resbalo lentamente, mis uñas no me detienen, son demasiado pequeñas. En la pared, voy dejando las ranuras que me haces. Esa mancha de ahí soy yo, lo que has deseado darme se quedó en mí, en mi espalda, en cada uno de mis pelos que no se aplacan. Caemos luego en una lluvia de saliva. Gotas provenientes de tu boca salpican mis labios. Yo bebo tu agua, anhelo beberla en tragos grandes y largos para llenarme rápido de ella. Pero tú solo me das unas cuantas gotas, y mi cuerpo de gato se desborda de sed y busca el sudor de tu cuerpo para atenuarse, para calmarse un poco. Lamo entonces tus ojos, una y otra vez. Bebo el llanto que tus ojos no sueltan, bebo mi propio llanto de un trago. Lamo

el hueco de tus axilas. Mi lengua se escalda, tu sabor la cubre de grietas. Lamo también tu ombligo, hasta que me detienes, hasta que ya no me dejas lamer. Obligas así que mi boca se abra para meter de nuevo toda la noche. Y yo me asfixio, me atraganto. Mis ojos abiertos buscan los tuyos, pero tus ojos me han olvidado. Ves tu cuerpo de gato, desde arriba, y mi cuerpo abajo, llorándote, llorando. Me sigues desgarrando, me desgarras, te desgarras a ti mismo. Tu cuerpo sangra encima de mi cuerpo, pero yo continúo con la noche atorada en la garganta y no me doy cuenta de lo que ocurre sino momentos después, cuando ya tu muerte se dispersa en la mía, cuando ya tus patas se vuelven flácidas y tus uñas se ocultan. Ronroneas, y yo necesito beber más tu saliva y llenarme más de tu sangre. Duermes cuando mi cuerpo de gato apenas despierta, esperando que tu lengua cure mis heridas. Pero me engaño. Vuelve la migraña entonces, todas las heridas me sangran, me duelen, enloquezco de desesperación. Salgo, corro, trepo por las paredes, sorteo las ventanas y llego hasta la azotea. Brinco de una casa a otra casa y a otra y a otra hasta que me falta aire y el aliento se agota. Me detengo, pero mi garganta todavía aúlla. Mi cuerpo maúlla, da vueltas en redondo, se marea. Me golpeo, me dejo caer. Me levanto y me dejo caer. Me levanto y me dejo caer, caigo cada vez más. Es el vértigo, caigo en él.¹

¹ Publicado en *La memoria del agua*, Tierra Adentro, México, 2002.